

Fernando
Costilla

ELIMINADOS

Diseño de colección: Estudio de Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Fernando Costilla, 2021

Representado por la Agencia Literaria Dos Passos

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-231-6

Depósito legal: M. 7.316-2021

Printed in Spain

*Para Leo y Max,
hijos de mi vida
(y por supuesto también de Marga,
su madre, mi compañera de viaje)*

La tragedia del hombre que no está hecho
para la tragedia..., esa es la tragedia de cada hombre.

Pastoral americana.

PHILIP ROTH

*My brain hurt like a warehouse, it had no room to spare
I had to cram so many things to store everything in there
And all the fat-skinny people, and all the tall-short people
And all the nobody people, and all the somebody people
I never thought I'd need so many people.*

«Five years»

DAVID BOWIE

No se puede vivir y al mismo tiempo saber
algo de lo que uno está viviendo.

Una fuente inagotable

MARTIN WALSER

Tengo ganas de volar, de nadar, de ladrar, de mugir, de aullar.
Quisiera tener alas, un caparazón, una corteza, exhalar vapores,
tener una trompa, retorcer mi cuerpo, dividirme en muchas partes,
estar en todo, diluirme con los olores, desarrollarme como las
plantas, correr como el agua, vibrar como el sonido, brillar como la
luz, adoptar todas las formas, penetrar en cada átomo, descender
hasta el fondo de la materia, ¡ser la materia!

La tentación de San Antonio

GUSTAVE FLAUBERT

Javi, 2010

¿Cuándo sucedió? Una vez más trata de recordar el instante preciso, el momento en el que algo hizo clic en su cabeza y el suelo empezó a temblar, la incertidumbre cayó sobre él como una maldición, igual que una enfermedad, un accidente brutal, arrasando con todo. Si lograra recordarlo podría invertir la tendencia, apartar los escombros y comenzar con la reconstrucción. Pero ¿de verdad puede aspirar a que le devuelvan aquello que por su propia naturaleza es irrecuperable? ¿Cómo recuperas una mano, una pierna, un brazo? Lo tienes o no lo tienes. Con suerte logras hacerte con un implante, una prótesis que se parece a un brazo pero no es tu brazo. Tiene forma de pierna pero no es tu pierna. Debajo está el muñón, tú lo sabes, sientes el pedazo de carne deforme latiendo para recordarte lo que ya no existe. ¿Cómo seguir adelante cuando te han despojado de todo? Despojado suena a mojado.

—Una delgada línea te separa de la locura.

Dedica una sonrisa a la raya que se extiende sobre el cristal de la mesa. Bajo el palpitante reflejo del televisor, el fino trazo de polvo blanco se confunde con las líneas del campo y los cercos de los vasos. Tendría gracia que cometiera un error, que por equivocación se metiera una de las bandas del estadio Ellis Park. En tal caso, el partido contra Paraguay, los cuar-

tos, los malditos cuartos, tendrían que suspenderse. Un desgraciado, un Maradona de la vida, que se ha fundido sin ayuda de nadie la línea de banda y el punto de penalti, ¿te lo puedes creer?

Escucha de nuevo el mensaje.

—Te espero en el Wilfred —suena la voz telefónica de Charli—. Aunque sea a la segunda parte y luego nos vamos a celebrarlo. ¡Porque esta vez lo vamos a conseguir! —Se oye su risa estruendosa—. Venga, no seas tonto, Javi.

—Javi.

Repite el nombre en voz alta, *Javi*, resuena en la habitación vacía, y se resiste a reconocerse en él. Quizá porque las últimas palabras de Charli tenían una entonación diferente, más íntima, no sonaban a celebración sino a otra cosa, no sabe precisar a qué. Podría ser afecto, amor, amistad, podría ser la fidelidad perruna de Charli.

Pero no, no es ninguna de esas cosas.

De pronto comprende que se trata del repugnante sentimiento de lástima. Maricón, cómo se atreve. Merecer la compasión de Charli es haber caído muy bajo, y él no ha caído tan bajo.

—Aún no.

Aspira con rabia y la boca se le llena de almendras amargas, de pegamento Imedio, pasea la lengua por los labios, entumecidos, se muerde el carrillo derecho. Espera unos segundos para que desaparezca la opresión en el pecho, recuperar aunque sea por unos instantes la fe inquebrantable en sí mismo. Sin embargo no sucede nada. Trata de invocar la furia:

—Furia, ven a mí.

Como si bastaran esas palabras para activar el conjuro y que la furia se haga presente, acuda en su ayuda para castigar a las malvadas, para destruir a los inicuos. Inicuo. Desconoce el significado de esa palabra. Si estuviera la innombrable se-

guramente podría explicarle qué quiere decir. Pero no está. Está a solas frente a una palabra desconocida. Inicuo. Ha llegado de otro tiempo, de cuando iba a misa los domingos. Quizá debería volver al regazo de la santa madre iglesia. Mañana domingo podría ir a misa. Porque mañana es domingo, ¿verdad?

—Ya no sabes ni en qué día vives.

El mundo tiembla al ponerse de pie, pero no queda más remedio, necesita beber algo, si contiene alcohol, mejor, y se dirige hacia la barra de madera que llama cocina. Son apenas dos pasos pero tropieza con la alfombra polvorienta y llega trastabillando hasta la nevera, está a punto de caerse al suelo. La culpa ha sido de la televisión, por seguir de reojo lo que sucede en la pantalla. En estos momentos atacan los paraguayos. Malditos paraguayos, no pensó que darían tanto problema, lo único que han hecho de mérito en el Mundial es empatar contra Italia, ya ves tú, los italianos, que no han pasado de la primera fase, quedaron últimos de grupo. Sí, Paraguay tiene un equipo correoso, duro, pero nada más.

—Sin embargo, ahí están, jodiendo la marrana.

Abre la nevera. Ya no queda cerveza, tampoco vino, y el whisky se terminó ayer. Está seco. Podría ir un momento al chino y pillar una litrona, como en los viejos tiempos. Saca el móvil del bolsillo, pone el altavoz, suena de nuevo el mensaje de Charli.

—Te espero en el Wilfred. Aunque sea a la segunda parte y luego nos vamos a celebrarlo...

Se queda mirando la pantalla del televisor, el balón está en el centro del campo, Pedro se resbala y la pelota sale por banda. Ahora mismo no sabe si están jugando la primera o la segunda mitad. Con todos los partidos de la selección le ha sucedido lo mismo. Algunos incluso duda haberlos visto. Es decir, él estaba allí, como ahora, delante del televisor, pero el

partido se terminaba cuando él creía que no había hecho más que empezar. Ya no hay certezas. Duda de todo. A veces incluso duda de que el Mundial se celebre en Sudáfrica. Bebe agua a morro, directamente del grifo, y regresa al sofá que la mayoría de noches suele servirle de cama. Escucha otra vez el mensaje.

—Te espero en el Wilfred. Aunque sea a la segunda parte...

Los paraguayos roban el balón, son rápidos los puñeteros, por suerte lo pierden enseguida. Podría llamar a Charli y preguntarle si está con Toño y con ella, no quiere decir su nombre, Rocío, no quiere ni siquiera pensar en su nombre, Rocío, a pesar de lo cual no logra evitarlo, Rocío, porque si están ellos dos no irá al Wilfred.

—¿O sí?

No tiene claro qué había decidido al respecto. Si solo quedaría con Charli para ver el partido en caso de que no fueran Toño y esa mujer, Rocío, o si por el contrario la presencia de ambos era la única condición para que contaran con él. Probablemente fuera lo primero, aunque también es posible que decidiera hacer las dos cosas a la vez, ir y no ir, estar con ellos y no estar con ellos, porque esa ha sido últimamente su estrategia: si no ha ido a ningún partido es porque ahora le resulta más sencillo no hacer algo que hacerlo. Y porque ya no sabe qué piensa de las cosas. Se dice a sí mismo tienes cuarenta años, no ocho, copón, toma decisiones.

—Una decisión aunque sea, tampoco es tan difícil, ¿no?

Pero no hay manera. Antes, cuando daba órdenes, todo era más sencillo. Tomaba decisiones todo el rato, y no solo las que le afectaban a él, sino a todo cristo, incluso decidía por aquellos a quienes no pagaba para obedecerle, a esos, a Rocío, también les decía qué debían hacer, porque si no tomas decisiones el mundo las toma por ti.

—Pero el mundo es muy perro.

El mundo acaba tomando decisiones en cualquier caso, el mundo siempre tiene la última palabra, así que da igual, decide o no, puedes quedarte tranquilo metido en casa, en tu agujero, que le den al resto.

—Yo me quedo aquí.

Si recordara cuándo empezó, en qué momento se resquebrajó, dónde apareció la primera grieta. Manosea los recuerdos como si fueran cartas, barajándolas una y otra vez con la esperanza de que el resultado sea diferente.

—Te espero en el Wilfred...

Contempla los restos de polvo dispersos sobre la mesa de cristal. Quizá no sea más que suciedad, las partículas en suspensión, vivir en un bajo junto a la M-30 es lo que tiene, te come la mierda por todas partes. En el reflejo de la mesa cree distinguir la silueta de Torres, quizá sea Busquets. Iniesta choca contra un paraguayo en el aire, se dan un cabezazo y ambos caen al suelo. Podría hacerse camello.

—Camello no, eso es para muertos de hambre, hay que pensar a lo grande.

Pues narcotraficante. Al fin y al cabo el narcotráfico es un negocio como otro cualquiera y los negocios funcionan todos igual. Hay ingresos, gastos, riesgos. Podría intentarlo. Al menos durante unos meses. El tiempo suficiente como para salir del hoyo, recuperarse, montar algo.

—Montar qué. Qué coño quieres montar tú.

Ese es el problema. Antes tenía buenas ideas, se le ocurrían vías de negocio originales. Rubén flipaba. Pero ahora no se le ocurre nada. Tampoco está Rubén para flipar. Puto niño rico, no debería haberle hecho caso, no tendrían que haber entrado en concurso de acreedores, si hubieran aguantado un poco todo sería muy diferente, pero, claro, Rubén tenía el lomo cuabierto, a él en el fondo se la sudaba. Por qué se dejó convencer, por qué. ¿Fue entonces cuando sucedió? ¿Ahí apareció la

primera grieta? Mueve la cabeza, trata de despejarse, no quiere descartar la idea del narcotráfico. No es una idea brillante, pero al menos así podría financiarse el consumo ahora que se ha disparado, y al fin le pasaría la pensión a la innumerable, y ya no necesitaría pedirle dinero a su madre todos los meses, tampoco a María.

—Qué asco das. Asquito.

No concibe nada más repugnante, sablear a su hermana pequeña, tanto criticar a Julio y al final es como Julio, peor que Julio, él es la verdadera desgracia de esta familia, el auténtico inútil, niño imbécil, menos mal que papá ya no está para verlo. Juega con el móvil mientras trata de concentrarse en el partido, vamos, chavales. Pulsa el botón para escuchar por quinta vez el mensaje.

—Te espero...

Iniesta ve solo a Cesc y se la pasa, el balón golpea en el palo, el rebote le llega a Villa. Está solo. Siente un pinchazo en el ojo derecho. Por un momento piensa que ha recibido un pelotazo, que el balón, en lugar de entrar en la portería, ha salido del televisor para impactar directamente contra su rostro. A los pocos segundos un punzón le atraviesa el otro ojo. Quiere pestañear pero no es capaz. Hace un nuevo intento, concentra todas sus fuerzas en los párpados, pero no sirve de nada, se niegan a obedecerle. El dolor en los ojos es cada vez más intenso, la luz, que viene de algún lugar por encima de su cabeza, empieza a quemar. Intenta cerrarse los ojos con la mano, como hacen con los muertos, pero el brazo derecho ignora sus órdenes. Y con el izquierdo sucede igual. No sucede nada.

—¡Vamos!

Alguien ha gritado. Quizá ha sido él mismo. Pero no, es ridículo. Si no puede cerrar los ojos ni mover los brazos es imposible que su lengua esté agitándose de un lado a otro. Hay

miles, millones de músculos, alrededor de la boca, en los labios, que se ponen en marcha al hablar, Toño seguramente conocerá el nombre de todos ellos.

—¡Venga, tío!

La voz proviene de una figura que se aproxima corriendo. Al principio no es más que una sombra, pero poco a poco distingue los pantalones cortos azul marino, casi negros, la camiseta del mismo color. Y las botas. Son botas de fútbol, los tacos hundiéndose en la alfombra. En ese instante comprende que está tirado en el suelo. Huele a humedad, a tabaco, a vinagre, y a otra cosa que podría ser amoníaco.

—¡¿Se puede saber de qué vas?! —le grita Villa, porque es Villa, reconoce a David Villa, cómo no va a reconocerle, Villa, nuestro nueve, el máximo goleador de la selección.

Villa hace un gesto de rabia con el puño, tiene algo de amenazador, por un instante teme que vaya a lanzarse sobre él para darle una paliza. Pero ¿por qué? ¿Qué le ha hecho a Villa? En cualquier caso no se asusta. No teme las peleas, nunca las ha temido, si hay que pegarse nos pegamos, aunque sea con el capitán de la selección española de fútbol. No, espera, ese es Casillas.

¿Casillas?

¿Quién es Casillas? No sabe quién es Casillas, su nombre ha salido de la nada. Hace un esfuerzo y vislumbra la silueta de un chaval, debe de rondar los veinte años, delgado, muy delgado, el pelo ensortijado, juega de portero aunque no va vestido como tal, lleva unos pantalones de pana y camisa a cuadros, los guantes son de lana. En realidad no tiene veinte años, apenas llega a los doce. Pero no se trata de Casillas. No tiene ni idea de quién es Casillas, pero sabe que ese chico no es él.

—¡Levántate de una puñetera vez!

Villa insiste en animarle. Porque se trata de eso, ahora no tiene duda, no quiere pelea, solo intenta que se venga arriba.

Hace un nuevo esfuerzo, su cuerpo entero aúlla, pero las piernas siguen muertas, igual que las manos, los brazos, los párpados. Y no quiere decepcionar a Villa, no quiere que piense que es un mierda. Intenta ganar tiempo preguntándole por el partido, cómo va la cosa, crees que podremos romper la maldición de cuartos, sin embargo sigue sin poder hablar, solo escucha su propia respiración. Villa sonrío, parece asentir, se diría que, de alguna forma, le ha entendido.

—¡Estás fatal, tío! —grita Villa, otro Villa, porque ahora está calvo, la cabeza perfectamente rapada, y nada más decirlo suelta una carcajada estruendosa, no sabía que Villa se riera así—. ¡Vamos, Javi, que tú puedes!

¿Javi?

¿Quién es Javi? No sabe quién es Javi, pero a continuación una voz, otra voz, le responde tú, tú eres Javi, y al instante siente una nueva punzada de dolor. Pero es un dolor diferente. Conoce bien el dolor, sabe lo absorbente que puede llegar a ser, su capacidad para colonizarlo todo. Ahora sin embargo siente que es él quien está al mando, no el dolor. No está obligado a obedecerle. De alguna forma, el dolor y él funcionan como dos entidades autónomas. Algo imposible, porque sabe perfectamente que el dolor necesita un cuerpo para existir, sin sujeto no hay dolor, es el sujeto quien sufre el dolor, nunca puede ser a la inversa. El dolor es verbo y al principio era el verbo, como intentó explicarles una vez la cacatúa en catequesis, pero aquí, en este instante, manda el sujeto y eso le hace sentirse poderoso. Otras veces se ha sentido poderoso, sin embargo ahora comprende que aquello era un poder irreal, ficticio, basado en cosas inexistentes, como el dinero, o más inexistentes aún, como el miedo.

—Mira, si no te levantas me largo.

Villa se ha transformado ahora en una vendedora de El Corte Inglés que le observa con los brazos cruzados sobre la

blusa a rayas. La chica se da la vuelta para dirigirse hacia la puerta. Siente pánico, no quiere que Villa se marche, intenta gritar, no te vayas, porque sabe que entonces se quedará solo, porque aparte de David Villa no hay nadie más con él, ni siquiera está Rocío. Tampoco está Charli. Ni Toño. Y deberían estar, los tres siempre le acompañan en momentos así. ¿En momentos *así*? ¿Qué momentos son esos? Y ¿quién es Toño? ¿Quién es Charli? ¿Quién es Rocío? Sus nombres se han arrastrado hasta él, moviéndose con lentitud, pero son solo palabras, no hay rostros detrás de ellas, no hay brazos, no hay piernas, no hay nada, un nombre sin rostro no significa nada. Solo ve a una niña. No tiene más de tres años. A ella sí la reconoce pero es incapaz de recordar su nombre.

Nombres sin rostro, rostros sin nombre.

Debe recordar. Es necesario recordar.

Recuerda.

Hoy se decide en Argentina la definitiva clasificación del equipo nacional español para pasar a la segunda fase; la definitiva eliminación, y con ello el fin de toda esperanza, o el mantenimiento de una incertidumbre que no se esclarecería hasta el tercero y último partido de esta liguilla entre Austria, Suecia, Brasil y España.

Si España ganara los dos partidos que le quedan por jugar, pasaría indefectiblemente a la segunda fase, fuese cual fuese el comportamiento de Austria en sus dos confrontaciones finales. Si España perdiera uno solo de sus enfrentamientos o empatara ambos, quedaría eliminada sin remisión. En cambio, si ganara uno de sus partidos y empatara el otro, lo mismo podría triunfar que perder o que dilucidar su igualdad de puntos según las normas que rigen este Mundial argentino de fútbol en la liguilla.

España va a luchar en este partido con Brasil como en las películas del bueno y el malo, al borde del precipicio. Para nosotros, el bueno es España, naturalmente, pero como el fútbol no es el cine y al bueno no le libra ni el guionista ni el director, existe el temor de que gane el mal, nos empuje Brasil y nos deje como trámite el partido contra Suecia.

ABC, 7 de junio de 1978.